

Un señor llamado Mario Wschebor

Gonzalo Perera - Científico y analista

"Tu examen terminó" fue una de las primeras frases que me dirigió Mario Wschebor.

Volvió del exilio -donde descolló como matemático- a la mitad del primer semestre de 1987 y tomó a su cargo el final de un curso de Probabilidad y Estadística. Presenciar sus clases era un auténtico lujo. Un conocimiento profundísimo, acompañado de la más absoluta claridad y prolijidad al hablar y escribir, con un entusiasmo tal por lo que enseñaba que cada tanto lo ganaba la pasión, le brillaban los ojos con intensidad, gesticulaba, levantaba su mano izquierda como si sostuviera algún objeto imaginario para enfatizar la relevancia de un concepto. Cuando Mario dictaba un curso no enseñaba Matemática: la vivía y la recreaba, su relato te trasladaba hasta la fuentes mismas de los diversos conceptos y te hacían sentir parte de esa gigantesca construcción colectiva.

Yo tenía 20 años y muy poca experiencia, pero había estudiado mucho para el examen de Probabilidad y Estadística. Era consciente de que, sudando la gota gorda, me había ido muy bien en el examen escrito. Quedaba el oral. Lo comenzó Mario preguntándome si era correcta determinada afirmación. Yo le contesté afirmativamente, pero que no solo esa afirmación era correcta, sino una más general. Me dijo: "¿A ver?" Y comencé a exponer argumentos que sostenían la afirmación más general. Cuando no llevaba más de 5 minutos hablando, Mario dio por terminado el oral. Yo salí del salón atónito. Me rascaba la cabeza preguntándome qué macana habría hecho para que en apenas 5 minutos me sacaran de un oral. La puerta del aula se abrió y un sonriente Mario Wschebor me dijo que había recibido la máxima calificación. Me fui para mi casa sin entender mucho. Con los años entendí. Mario trataba de estimular el nacimiento de un investigador, de un matemático y de hacerlo partícipe de los valores y actitudes que son esenciales a la profesión. Ese tan breve oral era su manera de decirme que es esencial a la profesión de matemático "retrucar", no conformarse siempre con la pregunta que está planteada sino que cada tanto, subsumirla en una aún más difícil y general, para ver con mucha más claridad y perspectiva lo que aparece confuso y sombrío.

Mario fue mi tutor en los trabajos finales de la Licenciatura, en la tesis del Master y finalmente en la tesis doctoral. Con una peculiaridad: jamás me puso a estudiar "sus problemas", los que formaban parte o habían quedado por el camino en su agenda como investigador, que es lo que muchos tutores hacen. No, quiso que yo siguiera al máximo mis propias ideas. En el momento no lo entendía del todo y hasta por momentos me molestaba. Con los años, otra vez, me di cuenta de su generosidad. No quería que fuera su apéndice, sino que tuviera una personalidad académica propia. La actitud de un genuino maestro.

La vida me llevó unos cuantos años después a ser coautor con él de algunos trabajos de investigación. No encuentro palabras para describir su inspiración, su capacidad de trabajo, su autoexigencia.

Mario fue además de un matemático absolutamente impresionante, un pensador y un militante. Terrenos en los que fue duro polemista, y sus opiniones, objeto de encendidos aplausos y no pocos enojos. Fue protagonista fundamental de la creación de la Facultad de Ciencias y su primer decano. Mismo papel le tocó desempeñar en la Umalca (Unión de Matemáticos de América Latina y el Caribe), pues nunca buscó el desarrollo de la disciplina sólo en Uruguay, sino en el mundo y particularísimamente, en la región. Presidió instituciones científicas internacionales, fue distinguido y premiado.

Pero al igual que en la Matemática quiso que sus alumnos tuvieran su propia personalidad, nunca fue ni quiso ser un "gurú", ni imitado por nadie. Años atrás, me encontré con Mario a pocos días de yo haber publicado en el semanario "Brecha" un artículo la situación de la Universidad de la República. Allí había coincidencias y discrepancias con posturas largamente sostenidas por Mario.

Me dijo "Te felicito por tu nota. Sobre todo porque refleja fielmente tus opiniones" (enfaticando el "tus"). Mario prefería debatir honestamente a ser seguido por mera pereza de buscar el propio camino. Era un orador brillante, y su retórica impresionante no se caracterizaba por la brevedad. Pero también, me consta, sabía escuchar.

En un plano más reservado, había un aspecto de su personalidad tan sobresaliente como su Matemática: su solidaridad. Doy fe en primera persona. Si en las buenas Mario podía estar a tu lado, en las malas no faltaba jamás y con tanta delicadeza como inmediatez buscaba ayudarte en todo lo que estuviera a su alcance.

Mario, el matemático descollante, el pensador polémico, el intelectual reconocido, el propulsor de la ciencia y el conocimiento y el amigo entrañable y solidario a carta cabal, falleció este viernes 16 de setiembre. Tenía apenas 71 años.

Yo no puedo decir lo que me significa a nivel personal su pérdida. Pero necesito expresar lo que significa para el colectivo. Es por eso que desde el inmenso privilegio de haberlo conocido durante muchos años y en diversas facetas de su actividad -y mediante el recurso a algunas pequeñas anécdotas- he tratado de transmitir algunos de sus rasgos más notorios.

Es difícil escribir sobre alguien que, a la vez, tanto quise como admiré. Me ha costado muchísimo hacerlo. Y particularmente, mucho me ha costado encontrar un título adecuado. Hasta que una vieja y cada vez menos usada palabras de nuestro rico castellano vino a mi rescate: "señor".

El pasado 16, se volvió memoria entrañable para quienes lo conocimos y legado admirable para la comunidad entera, un auténtico señor. Un señor matemático, un señor pensador, un señor constructor de instituciones dedicadas al conocimiento y la investigación, un señor polemista. Pero sobre todo, un señor ante la vida, por su honestidad y solidaridad sin claudicaciones ni descansos.